

transición

Nº doble

ALTERNATIVAS (posibles)
SUEÑOS (reales)
UTOPIAS (necesarias, ya)

- Pérez Ledesma ● **utopías, hoy**
Bahro ● **ecología y socialismo**
Gorz ● **autogestión**
Marqués ● **vida cotidiana**
López de Lucio ● **jardines urbanos**
Gil ● **energías ¿ libres ?**
Baigorri ● **vida en el campo**
Cooley ● **productos socialmente
útiles**
Gaviria ● **confederación pirenaica
de pueblos y valles**
Fdez. de Castro ● **el ¿ qué hacer ?
de los enseñantes**
Puig-Alemany ● **trabajo comunitario**



Nº 22-23 - Año III - Revista Mensual - Julio-Agosto 1980 - 250 ptas.

transición

Comité de dirección: Miguel Gil, Pep Subirós, José A. Villamor.

Coordinación general: Pep Subirós

Diseño Gráfico: Jordi Taché

Revista mensual: Nº 22-23
julio-agosto 1980;
precio, 250 ptas.

Edita: 2001, s.a.

Redacción y administración: Ramblas,
130, 4º Barcelona-2.
Tels. 318 91 04
318 93 82

Director periodista: Cristina Dachs

Publicidad: T. 318 91 04

Depósito legal: B-21.329-1978

Impreso en España (Printed in Spain)
por MARQUEZ, S.A.
Ignacio Iglesias, 26
Badalona (Barcelona)
Distribuye: Midesa

Redactores y colaboradores:

Pilar Alarcón, Jesús Albarracín, Samir Amin, Elmar Altvater, Jaime Aznar, Rudolf Bahro, Artemio J. Baigorri, Fernando Barreiro, Miguel Barroso, Charles Bettelheim, Bolinaga, Michel Bosquet, Enrique Bustamante, Agustí Colomines, Pedro Costa Morata, Humberto da Cruz, E.I.D.A., Alfredo Embid, Equipo de Información Económica, Joaquin Estefanía, Miren Etxezarreta, José Luis Fandos, Ignacio Fernández de Castro, Ignasi Fina, Vicenç Fisas, Vittorio Foa, André Gunder Frank, José Antonio Gacifio, Raúl García Durán, Mario Gaviria, Enrique González Duro, André Gorz, André Granou, Abraham Guillén, David Harding, José Iglesias, Robert Linhart, Ramón López de Lucio, Antonio Luchetti, Roc Magí, Ernest Mandel, Josep Vicent Marqués, Sacramento Martí, Angel Melguizo, Joan Montserrat, Juan Muñoz, Vicente Navarro, Manuel Pérez Ledesma, Angel Pestaña, Amadeu Petitbó, Josep Puig, Jesús Regidor, Jorge M. Reverte, Ignacio Rodríguez Salcedo, Genoveva Rojo, Humbert Roma, Julio Segura, Rafael Silva, Javier Solana, Robert Tomas, Antoni F. Tulla, Joaquim Vergés.

sumario

- Contra la crisis, Pep Subirós, p. 4;
El resurgir de las utopías, M. Pérez Ledesma, p. 6;
Ecología y perspectiva socialista, R. Bahro, p. 11;
Por una sociedad dualista, A. Gorz, p. 19;
No sólo de ganarse el pan muere el hombre, J. V. Marqués, p. 26;
Por una recuperación del jardín urbano, R. López de Lucio, p. 31;
Sobre la verdadera naturaleza de la vida en el campo, A. J. Baigorri, p. 36;
Ventajas y posibilidades de una Confederación de Pueblos y Valles Pirenaicos, M. Gaviria, p. 41;
Planes obreros alternativos: El trasfondo de una iniciativa, D. Harding, p. 46;
Basarse en los propios recursos (entrevista con Mike Cooley), p. 52;
El "¿qué hacer?" de los enseñantes, I. Fdez. de Castro, p. 64;
Dos años de análisis radical: la experiencia de ARRE, A. J. Baigorri, p. 69;
Energías y tecnologías alternativas: Uso y corrupción de las energías menores, M. Gil, p. 73;
Energía y empleo, H. da Cruz, p. 77;
La fuerza del trabajo comunitario; el aerogenerador de Tvind, J. Alemany-J. Puig, p. 82;
Tecnología alternativa en Catalunya, p. 84;
Holanda: ciencia al servicio del pueblo, D. Mazzonis, p. 86;
Las basuras, recurso del futuro, H. da Cruz, p. 89;
Libros, p. 95;

SOBRE LA VERDADERA NATURALEZA DEL CAMPO COMO REFUGIO DE OCIOSOS E ITINERANTES

ARTEMIO J. BAIGORRI

A

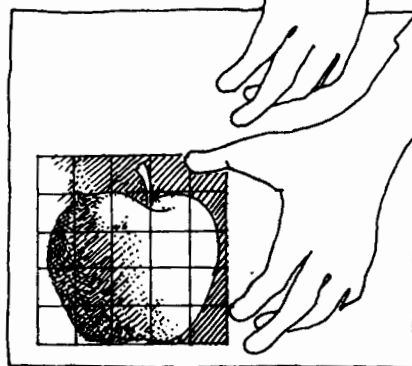
Una apreciación inicial a imprescindible, previa a cualquier disertación sobre alternativas: acabar con el mesianismo y con el espíritu judeocristiano que empuja a la gente (¿al pueblo?) a sufrir hoy para ganar el cielo mañana. Ante la descomposición social, que conduce a ésto, a algo que no será ni el capitalismo ni el socialismo (y entre 1984, Naranja Mecánica y Mundo Feliz, me quedo con algo más parecido al nuevo medioevo que los italianos, siempre sagaces e imaginativos augures, empezaron a anunciar hace diez años atropelladamente), se impone el "sálvese quien pueda", el "folleu, folleu, que el mon s'acaba", el "a vivir que son cuatro días"... Y se impone declarar solemnemente la duda de que el proletario sea la nueva clase ascendente, de que vayamos hacia el socialismo, y ni siquiera que el socialismo sea el obligado estadio final de la sociedad. Sugiero que Marx saltó, con todo el optimismo propio de la burguesía decimonónica, una etapa, la del **desastre totalitario** (como expresan en mi pueblo el desastre total). Y se impone también afirmar no menos solemnemente, porque corre prisa, que los tecnoburócratas "de uno u otro signo" nos la van a jugar.

B

Lo que quiero decir es que ni queremos, ni debemos ni podemos esperar y



"La solitude, ah, la solitude..."
(Leo Ferré)



mucho menos sostenerles la vela, iluminándoles el camino, a los que pretenden seguir por el túnel en busca de la luz. Hagamos un agujero allí donde nos encontremos. Sobre el túnel está el país de Alicia y las mil maravillas.

C

Parece que con una superficie de entre 500 y 900 m2 de tierra de huerta de calidad regular puede una familia —o un grupo compuesto de mayores y pequeños— de 5 miembros

obtener todas las hortalizas para su alimentación, contando con que practican una alimentación predominantemente vegetariana, y que se observan estas cuatro reglas primordiales: una adecuada irrigación, una equilibrada fertilización, un laboreo de acuerdo con los ciclos temporales y la calidad de la tierra, y una rigurosa rotación de cultivos.

Pero vayamos más allá. En Extremadura hemos visto cómo los colonos del Plan Badajoz (antiguos jornaleros convertidos en los años 50 en agricultores autónomos) con 5 Has. de tierra recién convertida en regadío y en pésimas condiciones, y con una vaca, no sólo han alimentado durante veinte años a sus familias sino que han obtenido una acumulación de capital que les ha permitido: pagar todas las obras de infraestructura realizadas para el regadío, incluidas las realizadas por las grandes empresas privadas para la producción de electricidad, y pagarles asimismo las obras de riego a los caciques; dar estudios a gran parte de su descendencia; mecanizar las explotaciones; pagar la tierra que el Estado

les vendió; mejorar la calidad y el estado de las tierras hasta convertir las Vegas de Guadiana en una de las zonas de huertas de más calidad de la península; enriquecer a cinco grandes empresas conserveras —multinacionales algunas—; mantener a más de un centenar de funcionarios; dotarse de todos los elementos de consumo —nevera, televisión, coche, y ahora ya lavadora automática e incluso televisión en color en muchos casos—. Y aún han generado unas inmensas cantidades de ahorro que en 1977 andaban por los 20.000 millones de pesetas. Los colonos del Plan Badajoz siguen autoabasteciéndose de alimentos en un 80 %.

Si prescindimos de la mayor parte de la acumulación —porque la acumulación es la clave del desastre—, ¿en cuántos se nos puede quedar la explotación mínima imprescindible, viable o no viable, rentable o no rentable? Con 2 hectáreas de secano se pueden hacer maravillas. De principio, autoabastecerse de todos los alimentos —incluido vino y aceite donde el clima lo permita, leche, carne y miel— y de otros muchos elementos, y alimentar a bastante más gente que la que vive en la explotación. Los hortelanos de la Mejana de Tudela, en la Ribera del Ebro, no viven como reyes (con 2 o 3 hectáreas) porque prefieren vivir como obreros del metal, pero podrían.

Quedarían para el común de los vecinos los bosques, los prados, los carrizales y lagunas, los ríos, los lagos, los mares, la nieve, el sol...

D

Pero ¿de qué se trata? No parece que se trate tanto de seguir ofreciendo alternativas (¿otra religión más?) pedagógico-mesiánico-paternalistas a la gente, como de ir obteniendo, pasito a pasito pero sin parar, el paraíso ahora. Para tí, para mí, para el que se apunte. Sería más bien un “si le gusta haga como yo, pero hágalo usted mismo”, que no un “seguidme, compañeros”. Imposible saber hoy si la esencia de las comunidades habría de ser el deseo de huir, de salvarse de la quema o bien una voluntad inconsciente de conservar, para mejores tiempos, la calidad humana, si es que la hay.

Ejercicio didáctico tal vez, pero no por ello inútil, para la noche: pensar

detenidamente y relajado en las comunidades religiosas medievales, pero sin Dios y con mujeres (y a la inversa, con hombres).

E

Según las cifras del Ministerio de Agricultura (que nos tenemos que creer por la simple razón de que no hay otras), en 1977 tan sólo unos cuatro millones de hectáreas del territorio del Estado español, podrían ser consideradas como absolutamente improductivas (en ellas van incluidas las superficies no agrícolas y las superficies ocupadas por ríos y lagos). El resto es riqueza, digan lo que digan los tristes geógrafos que nos hablan de la sequedad de nuestro clima, de lo abrupto de nuestro ríos y paisajes, de la pobreza de nuestras tierras. El resto es riqueza, y todavía podría ser más riqueza. Contamos para el cultivo con más de 20.000.000 hectáreas, de las que casi una séptima parte son de regadío. Desde que los moros llegaron a estas tierras, enseñándonos a trabajar lo justo y vivir al máximo (de lo que nos hemos ido, olvidando poco a mucho), a convivir en paz y solidaridad con pueblos y razas distintos, y sobre todo a utilizar el agua y el sol tanto para el placer como para la producción de bienes, más de 2,5 millones de hectáreas se han puesto en riego (la ingeniería hidráulica romana, aunque ya había traído algún avance a ciertas zonas de la península, era más monumental que otra cosa y, desde luego, ecológicamente desproporcionada en relación a las necesidades reales de la población). En estos momentos contamos con 2.700.000 hectáreas de buenas huertas, y si tuviéramos un poco de sentido común y nos lanzásemos a hacer las regulaciones en todo el Estado, en un período de diez años podríamos contar con otro millón más de hectáreas de huerta.

Pero es que además hay esparcidas por ahí, por el Estado, más de 9.000.000 Has. de pastizales y eriales pastables, con capacidad de carga para una cabaña ganadera mucho mayor que la actual, pudiendo además mejorarse de forma sorprendente muchos de esos pastos con sólo un poco de agua. Y quedan millón y medio de hectáreas de bucólicos, verdes y frescos prados naturales, no siempre ocupados por las vaquitas que podrían habitarlos. Hay más: más de

11.000.000 de hectáreas de bosques con posible aprovechamiento forestal, y casi 4 millones de has. de monte abierto plagado de romero, tomillo, aliagas, zarzamoras, amapolas, poleo y otras mentas, hinojo, lavanda... ¡que dulces y aromáticos jugos podrían libar millones y millones de abejas domésticas, casi hasta hacernos prescindir de ese veneno que es el azúcar!

Quiere decirse que ciertamente esto no es América, pero tampoco hace falta tanto. Porque para hacer fructificar todos estos inmensos recursos tan sólo quedan, esparcidos por valles y montañas, menos de 1.500.000 agricultores. Ancha, pues, es Castilla, y Aragón, y Euskadi, y Andalucía, y Catalunya... Caben hasta casi tres millones más de nuevos agricultores (en 1960 la población activa agraria era de unos 4.800.000, y si había hambre en algunas zonas, como sigue habiendo ahora, no era por excesiva presión demográfica sino por razones de tipo estructural), si empezamos ya (como va a ser preciso hacer de forma atropellada y por sorpresa cuando llegue la verdadera crisis de la energía, a no tardar) a desmecanizar el campo, a hacer explotaciones, no rentables, sino razonables; a, como ya hacen los que están volviendo, necesitar menos para vivir; a reruralizar el campo...

Ciertamente que hay un problema en principio insoslayable: existe la propiedad de la tierra. El campo se ha degradado pero los notarios siguen existiendo. Hay que emprender pues otras vías hasta que, tarde o temprano, la presión de “los nuevos jornaleros” (por dar una denominación conceptual a la relación de los nuevos colonizadores con la propiedad de la tierra), y ya que la presión de los jornaleros de siempre parece que no es suficiente, obligue a hacer de una puñetera vez una reforma agraria a la antigua. Y esas otras vías son las tierras de todos: las que son propiedad del Estado y de sus instituciones, las tierras comunales... A pesar de la rapiña que desde la primera desamortización han venido sufriendo los bienes comunales, aún quedan algo más de 2 millones de hectáreas. No son las mejores tierras, y en gran número de casos son verdaderos pedregales y desiertos, pero otras veces son fértiles secanos, incluso recoletas huertas en los valles de montaña. Y hay casos,

Colección Tecnología y Sociedad

Algunos títulos
de esta colección:

Michael Barrat Brown/Tony
Emerson/Colin Stoneman (eds.)
Recursos y medio ambiente
Una perspectiva socialista

Murray Bookchin
Por una sociedad ecológica

Michel Bosquet
(André Gorz)
Ecológica y Libertad

Nigel Cross/David Elliott/
Robin Roy
Diseñando el futuro

David y Ruth Elliott
**El control popular
de la tecnología**

David Elliott/Nigel Cross
**Diseño, tecnología
y participación**

Nathan Rosenberg
Tecnología y Economía

Arnold Pacey
El laberinto del ingenio

Langdon Winner
Tecnología autónoma
La técnica incontrolada como
objeto del pensamiento político

Editorial Gustavo Gili, S.A.

como en Ejea de los Caballeros (Zaragoza), Alfaro (Rioja), Villanueva de la Serena (Badajoz) y en otros muchos, en que con muy poca inversión miles y miles de hectáreas de comunal podrían ponerse en riego. En las montañas de Navarra hay numerosos pueblos totalmente abandonados con buenas tierras de pastos y huertas casi totalmente comunales y que hoy son administrados desastrosamente por la Diputación Forestal de Navarra.

El IRYDA (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario, antes Instituto Nacional de Colonización) tiene en propiedad más de 350.000 has. de tierra, la mayor parte de regadío, que en unos casos están sin explotar, en otros están mal explotadas, y en otros están malarrendadas a grandes propietarios. En su práctica totalidad esas tierras proceden de expropiaciones realizadas por el Instituto para ser luego colonizadas, y deben ser colonizadas.

En fin, el Estado, bien directamente, bien a través del ICONA, bien indirectamente a través de los ayuntamientos mediante los "montes de utilidad pública", controla casi 4.000.000 de hectáreas, de las que más de 800.000 no están ocupadas por bosques ni arbolado, y pueden tener en consecuencia aprovechamientos agrícolas y ganaderos, o en cualquier caso forestales (rehaciendo los ricos bosques que dotaban a las comunidades de tantos recursos). Hay, pues, tierras en abundancia para empezar. Los cientos de funcionarios subempleados del IRYDA deberían dedicarse a canalizar a los miles de ciudadanos que mañana mismo comenzarían a salir de las ciudades si supieran a donde dirigirse. Los Ayuntamientos de izquierda que cuenten con comunales abundantes malexplotados (lo que es muy común en los países de la mitad Norte del Estado) deberían empezar inmediatamente a gestionar la implantación de comunidades, cediéndoles gratis el suelo a los jóvenes que llegasen.

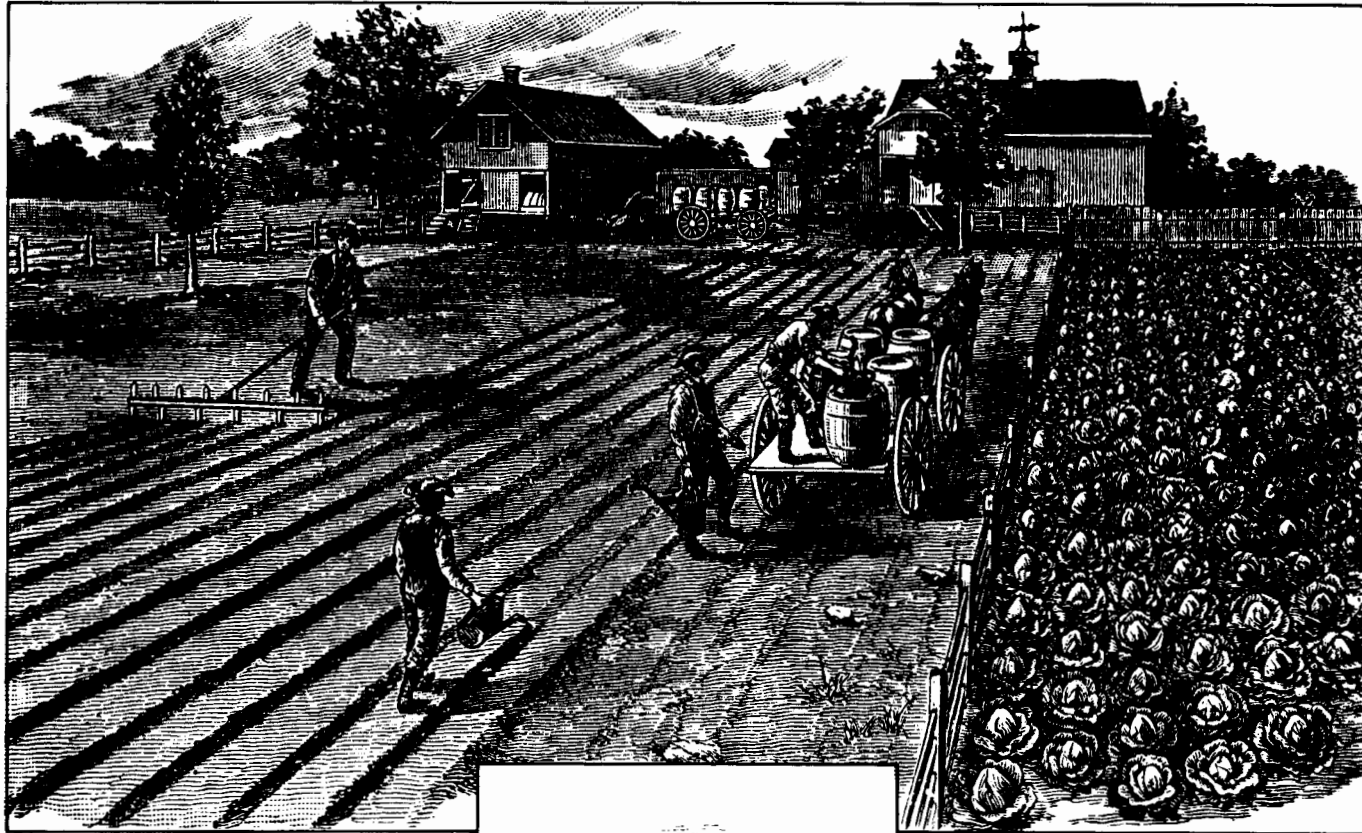
F

Con eso de que la Historia no se repite nos hemos olvidado hasta de que existe. Roma pasó en menos de un siglo de 1.500.000 a unos escasos 20.000 habitantes. Y con ella todas

las ciudades hechas a su imagen y semejanza se degradan, y en muchos casos desaparecen. Primera gran huida. El simple hambre. No podía mantenerse indefinidamente un sistema que mediante el terror obligaba a unos cuantos millones de pobladores del mundo a alimentar a la inmensa sanguiuela que era Roma. Imposible mantener por más tiempo la ciudad parásito. La población huyó de la ciudad con un fin muy determinado, simple y prosaico: comer, aunque para ello hubieran de trabajar la tierra (algunos se las siguieron arreglando para vivir sin trabajar, pero esa es otra). Luego, muy luego, las ciudades poco a poco se recompusieron, porque así lo precisaba el nuevo modelo de acumulación, y acabaron generando hacinación e insalubridad, nuevas huidas, no definitivas sino periódicas. Las pestes de las que cada 30 o 40 años los aristócratas huían en primer lugar y desordenadamente de las ciudades se están dando ya en nuestras ciudades, y se darán, cada vez más acentuadamente, bajo formas diversas: apagones, escapes radioactivos, gigantescas explosiones de fábricas de productos químicos, y al fin el "knock out"... Por la geografía del Estado se extienden ya numerosos hijos de antiguos latifundistas, que vuelven a sus olvidadas propiedades, no con el espíritu de los comuneros alternativos, sino con el espíritu aristocrático medieval de huir de la peste. Pero ha cambiado la actitud. La huida medieval era vitalista, positiva, gótica, bohemios y pasotas se unían con grupos de alegres vírgenes y doncellas que veían caer felices sus himenes en una exaltación gozosa de la vida frente a la muerte que corría por las ciudades apestadas. Hoy es depresión y neurosis lo que atenaza a los nuevos fugitivos. Muy lentamente el sol, el sudor de la tierra, la lluvia y el viento les están devolviendo la sonrisa; pero eso no es todo...

G

Sin embargo, ay, sin embargo... Hay un concepto que nos ha conducido a donde hoy estamos, y a plantearnos estas alternativas. El concepto de **límites**. Todo tiene unos límites y el propio campo tiene una limitada capacidad de carga. Tan desastroso (y posiblemente políticamente interesado) puede ser predicar la generali-



zada huída el campo como obligar a la gente a seguir encerrada, encarcelada en las ciudades actuales. Y los límites estarían aquí marcados por ciertos recursos no naturales. Las ciudades están hechas, existen. Su construcción ha supuesto un derroche energético que no puede multiplicarse abandonándolas. Los alojamientos son un bien cuya producción precisa de gran consumo energético (incluido el metabólico). Una sociedad de la pobreza no puede permitirse abandonar recursos y gastar otros en fabricar nuevos alojamientos. La neocolonización del campo no puede venir dada por una huída masiva de más gente que la que los pueblos ya existentes (abandonados o habitados) puedan alojar, salvo en aquellos casos en que la puesta en riesgo de antiguos desiertos obligue a repoblarlos, a construir nuevos pueblos.

Estas últimas frases no son en el fondo sino una reivindicación de la ciudad. Las ciudades pueden —deben— ser habitables, utilizables. ¿Parar los ascensores?, ¿dedicar a partir del 6º piso a criar champiñones? Habría que estudiarlo. ¿Dejar que los Ministerios, bancos y delegaciones sin cubiertos por la hiedra y convertirlos e inmensos ludiums...?

¿Cómo conservar lo que de agra-



dable siempre ha tenido, y en el fondo sigue teniendo, el “me voy unos días a la ciudad”, sobre todo dentro de un ir por ir a la ciudad, no a hacer algo, sean gestiones o encargos? Difícil dispersar, “repartir”, el cosmopolitismo,

que en esencia implica concentración de la diversidad. Y las zonas deben quedar delimitadas (lo que no es sinónimo de separadas): de un lado está la civilización (la cultura de las “civitas”, de la vieja ciudad), donde domina la abstracción, porque la ciudad es una abstracción; del otro lado la magia, la síntesis del cuerpo (la tierra) y lo sobrenatural (los elementos) asentados sobre el suelo, sobre lo concreto que se puede tocar, la cultura del bosque, la cultura rural. Ni la primera cultura debe invadir por el terror del comercio los campos, como ha venido ocurriendo desde la revolución francesa, ni hay porque “ruralizar” las ciudades como predicán algunos. Ambas culturas son ricas y se enriquecerán en la comunicación igualitaria, en la cópula de la vida.

Pero no vamos a entrar ahora en las alternativas a la ciudad, mordisqueando el tema a otros compañeros. Busque el lector en estas mismas páginas.

H

Indiscutiblemente hay realidades incuestionables: la mayoría de los “adelantados”, los primeros fugitivos, han venido sistemáticamente fracasando. Y luego han venido años re-

creándose de forma masoquista buscando explicaciones psicologistas, problemas de convivencia. ¿Van a ser siempre experiencias, probativas, vacaciones esporádicas? ¿Quizás no han cumplido los 19 a 20 preceptos necesarios para el éxito de la neocolonización. Quizás al buscar explicaciones han olvidado las dos fuerzas que predominantemente rigen el mundo: el sexo y la economía. Y quizás no han sabido superar la contradicción aparente entre magia y civilización (entre campo y ciudad).

Habría de partir de hacer una diferenciación que cada vez más van ya haciendo los que a través de Ajoblanco, de El Ecologista, de Sal Común y otras revistas semejantes buscan nuevos socios-compañeros para colonizar: distinguir muy bien si lo que se quiere es cambiar el modo de vida, el espacio vital, si se quiere ir a la colonización, o si simplemente es una cura de aire puro lo que se precisa, un refugio momentáneo para neuróticos. Otra consideración: repudiar el concepto franciscano de que la marcha significa renuncia. ¿Renuncia a qué? Otra consideración insuperable: una comunidad unisexual, salvo que sea de maricas o lesbianas, no tiene posibilidad alguna de éxito. Debe haber hombres para todas y mujeres para todos, porque va a pasar mucho tiempo antes de que podamos hablar del amor libre reivindicado desde hace 100 años por los anarquistas como una realidad tangible. Muy pocas comunidades nuevas consiguen superar los problemas monogámicos. Tampoco es preciso irse como en los viajes de estudios, 10 chicas para 10 chicos o viceversa. Si cumplimos otro precepto la cosa irá sobre ruedas. Me refiero a la integración con las comunidades existentes. Es muy difícil —se ha comprobado en docenas de experiencias relatadas— sobrevivir aislados de comunidades ya existentes. Hay que ir cerca de donde vivan campesinos; ellos enseñarán cuándo es mejor sembrar en esas latitudes, y si es mejor hacerlo a aguacivera o de tempero, cuando hay que esclarecer y escardar, cuándo es una barbaridad regar un campo, y otros miles de trucos para el éxito. Y hay muchos pueblos todavía donde además de haber terrenos quedan jóvenes, chicas, chicos que entre otras cosas se van a acabar yendo del pueblo porque les pica el pito (¿cuál pues es el sentido de las

“diversiones” que se dice vienen a buscar a la ciudad, sino las mayores posibilidades de, a través de bares de alterne, discoteques, etc., echar más a menudo un casquete?). No hay que amilanarse por las primeras opiniones de los más mayores que, pura envidia, maldecirán la llegada de los melendados a revolver. Ir hacia ellos, no esperar a que los jóvenes del pueblo vayan a espiar cómo los “raros” se bañan desnudos en el río. Si la comunidad preexistente no es grande, puede contribuir en gran medida a que recuperen la libertad del cuerpo perdida con la expulsión de los moriscos.

Y, no nos engañemos, la parte de civilización que se quiera llevar (que a medida que la integración sea mayor en el medio será más pequeña) puede llevarse en el bolsillo: libros, buena música, comics, incluso quien no se haya desprendido de la pasión política puede estar puntualmente informado, sólo que un día —o dos, según el caso— más tarde.

Pero hay una cuestión sin duda tan importante como la que hace referencia al sexo, y es la economía: no puede esperar subsistir una comunidad asentada sobre tierras marginales, abandonadas veinte o treinta años antes porque escasamente daban para vivir. Esas son las últimas a las que hay que ir, cuando ya no queden otras por ocupar. Hay que ir a por los cientos de miles de hectáreas de buenas tierras del IRYDA, del ICONA, luego a los buenos comunales abandonados, y dejar esas tierras marginales que infructuosamente se empeñan en hacer fértiles los comuneros para lo que realmente sirven: para dar buenos pastos. Para los que prefieren la montaña, además de las tierras que controla el ICONA u otros organismos estatales a través de los montes de utilidad pública (MUP), y de los pueblos ricos abandonados controlados hoy por entes como los ya citados de la Diputación Foral de Navarra, las Confederaciones Hidrográficas tienen en los márgenes de los pantanos miles y miles de hectáreas que otrora fueron de rica huerta y que pueden ser ocupadas inmediatamente. Ocupémoslas.

No es menos importante el tema del resto de los medios de producción. Es también muy difícil que sobreviva una comunidad si, después de haberse dedicado sus miembros a trabajar durante varios años en los oficios más

ruines para reunir un poco de capital con el que empezar a funcionar, en un año los gastos corrientes de la explotación (la cosa es así de prosaica) han devorado los ahorros; llegará el desánimo y la desesperación. Es imprescindible pues aprender a moverse por los entresijos del crédito campesino (hay más posibilidades de las que parece cuando alguien se decide a marchar). Y esa es otra que los campesinos de las comunidades ya existentes podrán enseñar también mejor que nadie.

El Estado se diluye, se despersonaliza, concentrándose tan sólo en aspectos puntuales que tiempo atrás eran periféricos: el control de la tierra cultivable, el agua y de la energía son hoy predominantes. Y por ello las luchas puntuales son mucho más efectivas; porque el estado vaya “a la conquista del Estado” acabará diluyéndose con él, como ya está ocurriendo con tantos grupos políticos otrora revolucionarios.

El grupo que mediante la resistencia activa, la desobediencia civil u otros sistemas zancadillee mortalmente a UNESA (Unión Nacional Eléctrica, S.A.), por poner un ejemplo, hará algo no sólo más divertido y radical sino además de mayor utilidad. En el Estado actual de cosas, con el grado de complicación a que ha llegado el sistema, es más útil —obsérvese que no se habla aquí en absoluto de revolucionario o no revolucionario— desestabilizar el tinglado mediante actuaciones puntuales y mediante huidas del mismo. Haciendo excesivo reduccionismo quizás: la estrategia es la felicidad y la táctica el placer, y no hay otros misterios gozosos. La gente se saldrá del sistema cuando vean que los que ya han salido se lo pasan mejor —en el sentido no contaminante ni consumista del término—. Cuando vean lo bien que lo pasamos vendrán con nosotros. No es predicar con el ejemplo; es dar envidia. Esto unido a esas luchas puntuales contribuirán a mandar ésto al carajo mucho más que todas las elecciones posibles en 100 años, porque además en cien años todos calvos.

Jota

Una última advertencia: el campo es duro, al principio y al final.

Zaragoza, 31 de mayo de 1980
(último día del mes de las flores)